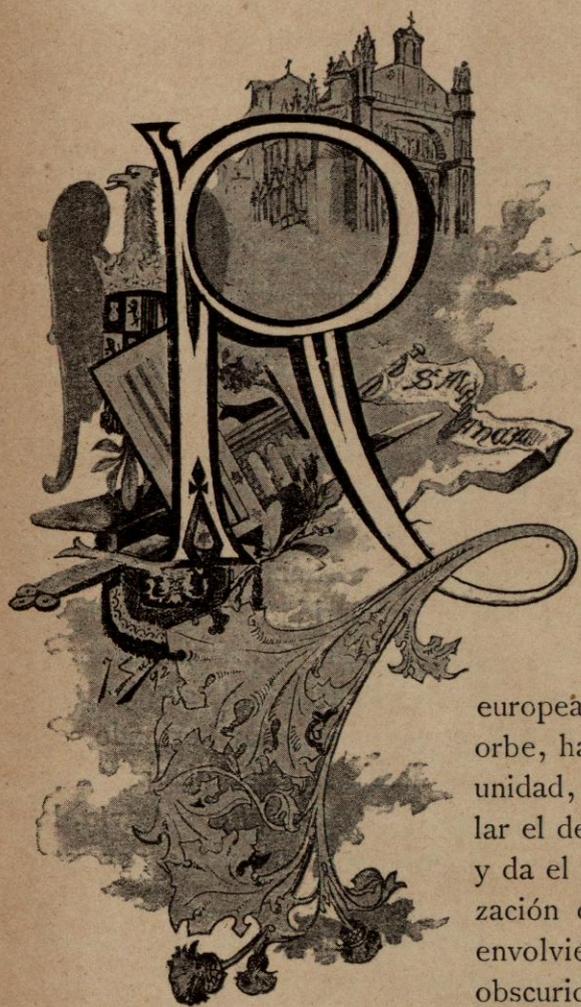


## SAN ESTEBAN DE SALAMANCA

### II



ESUELTOS estábamos á dejar intacta al futuro biógrafo la nobilísima figura de Fr. Diego Deza, pero sin querer nos ha salido al encuentro el recuerdo de este varón incomparable al comenzar este artículo, y por eso, sin faltar á nuestro propósito, no podemos menos de introducirle aquí como el anillo de oro destinado á unir en gloriosa cadena dos mundos y dos épocas, el mundo de las ideas y el de los hechos, la época feudal cristiana en la cual crece y llega á su madurez el árbol de la civilización cristiano-europea, y la de extensión de sus ramas por todo el orbe, haciéndose universal, sin perder su carácter de unidad, mediante el descubrimiento. ¡Destino singular el del esclarecido hijo de San Esteban! Él inicia y da el primer impulso en todas las esferas á la civilización de que estamos disfrutando, y sin embargo, envolviéndose la noble figura en el manto de una obscuridad sublime, cede á otras el puesto para que brillen con los rayos escapados del escondido foco.

Como cosmógrafo, es el primero que comprende á Colón, y á quien, en sentencia del marino, *deben los reyes las Indias*, y sin embargo, vienen otros héroes y otros personajes que, obscureciendo al marino y al religioso, hacen que se olvide el mérito de ambos hasta que la posteridad ha principiado <sup>1</sup> á dispensarles justicia. La

<sup>1</sup> Y decimos *principiado*, porque recientemente parece haberse urdido una conjura para arrancar de la frente del domi-

reina Isabel deposita en el modesto hijo de Domingo su confianza en la educación del heredero destinado á ceñir la corona de dos mundos, que la ofrece como segura el religioso y la regala de hecho el marino. Y sin embargo, cuando los reputados sueños se han convertido en gigantesca realidad, el regio vástago es segado en flor por la guadaña de la muerte exhalando el último suspiro en brazos del pedagogo, y precisamente en Salamanca, cuando el fraile era obispo en la ciudad de las letras; y ya no es Deza de Toro, sino Adriano de Utrech; no el fraile de San Esteban; sino el deán de Lovaina; no el obispo de Salamanca, sino el que posteriormente fué Papa Adriano, el que educa al futuro poseedor de tan vastos dominios, puesto que en los decretos de la Providencia no era el hijo de Fernando é Isabel, sino el de Felipe y doña Juana, el que había de recoger la rica herencia. Lo mismo sucede en el orden de las ideas. Por su profundo ingenio, su vasta erudición, su exquisito gusto literario en todos los ramos de las ciencias sagradas, en teología, en escritura, en la predicación y hasta en las disposiciones conciliares inicia el paso de la aridez escolástica al vuelo de erudición y correcto estilo que adquieren los estudios sagrados en el siglo XVI; y sin embargo, los escritos de Deza, que hoy mismo se pueden leer con fruto, son desconocidos, mientras que han de ser otros y entre ellos hijos también de San Esteban los renombrados en la república de las ciencias y de las letras.

Dicho esto, por no faltar, repetimos, á nuestro propósito, pasamos en seguida al objeto de este segundo artículo.

En presencia del Renacimiento la escolástica podía tomar dos rumbos igualmente peligrosos. Era el primero el estancamiento en la rutina del método, en la sutileza de las cuestiones y en la rudeza de la forma. Era el segundo el entregarse en brazos de la nueva idea, alterando sustancialmente el pensamiento cristiano, reproduciendo la división política en el fondo y tomando en la forma el colorido del error y de la corrupción pagana. En el primer caso se volvía inútil, porque no satisfacía las necesidades de la época. En el segundo sería dañosa, porque abdicando de su dignidad y unión, dejaba á la civilización sin regla, á la historia sin norte fijo, borrando con torpe mano el trabajo de los siglos cristianos y retrocediendo indocta é inoportunamente á la edad de división, á la confusión del paganismo. Y he aquí el extravío, la inoportunidad y la ignorancia del protestantismo, al lanzarse desatentado por este segundo y funesto derrotero.

Cuando el árbol de la civilización cristiana en una época nueva iba ya á dar sus frutos sazonados, viene la reforma á envenenar con su hálito pestilente la idea, para emponzoñar después con su baba de torpezas las costumbres. Cuando la civilización de la unidad, madura ya con la savia de la fe y el verdor de la ciencia iba á extenderse alrededor del globo, cobijando bajo su sombra á todas las razas, lenguas y

nico de San Esteban la aureola que no se atrevieron á disputarle los más encarnizados enemigos de Salamanca. ¡Vano empeño! No basta hablar desdeñosamente de la *Leyenda dominico-salmantina*, es preciso impugnar los escritos que han esclarecido el asunto, ó más bien borrar los documentos.

pueblos, el protestantismo viene inoportunamente á torcer su curso, á tergiversar y desnaturalizarla. El protestantismo ha vuelto *vario* lo que debía ser *uno*, que era la idea, empeñándose en encajar en el molde de una unidad artificial lo que debía ser *vario*, que era el genial de cada nación europea. Y de este modo se ha entablado una lucha de ideas en el orden especulativo y de intereses en el práctico, que sólo ha servido para consumir las fuerzas necesarias á la expansión de la historia por el mundo y de la idea cristiana por el verjel de la ciencia. Reducido el suelo á un campo de batalla, la política á miras estrechas, y la ciencia europea, que estaba ya establecida, á una discusión tan estéril para la verdad como funesta para las sociedades, merced al protestantismo hoy está la ciencia sin *apoyo*, la política sin *rumbo*, conmovidos los cimientos de la sociedad y puestos en el tapete de la discusión todos los grandes principios, todos los *fundamentos sociales* que eran incontrovertibles en la civilización cristiano-europea.

Pues bien; aunque la escolástica propiamente dicha y las universidades, que permanecieron católicas, sólo por serlo se preservaron del mortal contagio sin incurrir en ninguno de los dos extremos, es indudable que pasaron una gran crisis, que peligrosa siempre, pudiera á la sazón serlas funesta. No desertaron cobardemente de la fe, haciendo coro con los partidarios de la división; pero, ó se inclinaron á las novedades, ó no se prepararon convenientemente para *combatirlas*; y sin caer del todo en uno de los extremos, en la esterilidad del estancamiento ó en el abismo de la deserción, participaron por desgracia de uno ú otro, volviéndose estériles ó peligrosas. En Alemania son bien conocidas las inclinaciones de Erasmo hacia la reforma, aunque el carácter personal de sus corifeos le desagradase. Los literatos de Italia son bien conocidos por su entusiasta adhesión al renacimiento. París sobre todo, la célebre Universidad de París, estaba contagiada en ambos sentidos contrarios.

Bien conocidas son las quejas que daba la filosofía por boca de Lulio, pidiendo al rey de Francia su reforma. El mal debía estar arraigado, cuando trazaba Luis Vives el origen y la causa del atraso de las ciencias de *corruptarum artium causis*. Pues bien, estos vicios subsistían aún, después de aparecer el protestantismo, cuando el andaluz Luis Carvajal, estudiante de París y luego franciscano y teólogo del Concilio de Trento, escribía en 1545 una obra, cuyo objeto indica bastante el título de *Theologia restituta*, y cuando Cano se lamentaba amargamente del método con que se enseñaba la ciencia sagrada. Merecen conocerse las palabras de los dos sabios españoles: «Yo, dice Carvajal, creo haceros un servicio, si con la ayuda de Dios consigo introducirlos en el dominio de la verdadera teología. Bien veis los laberintos en que se meten algunos teólogos, ó por entretenerse en cuestiones sutiles... ó por someter la ciencia á reglas que ellos se forjan, manchando la ciencia divina con impertinentes é *insipidos sofismas*; pero en cambio hay otros que, desflorando apenas la dialéctica, la física y la metafísica, son tan melindrosos en el gusto literario, que se desdeñan de leer todo lo que no sea el estilo de Cicerón. Por nuestra parte, para atraer á unos y

á otros á Jesucristo, nos limitaremos á tratar sólo cuestiones graves y saludables, al mismo tiempo que purgamos la teología del sofisma y de la *barbarie*»<sup>1</sup>.

Oigamos ahora los lamentos de Cano: «En este siglo hay muchos en las Universidades, que reducen toda la teología á argumentos sofísticos é ineptos... de modo que, cuando convenía que estuviesen preparados para combatir con las mejores armas á la nueva herejía de Alemania, resulta no haberles quedado más que unas cañas largas, *ea prorsus haberent nisi arundines longas*»<sup>2</sup>. En el mismo sentido veremos explicarse á Maldonado. Pues no era más satisfactorio á la sazón el estado del derecho; apenas si se citan con elogio en el siglo xvi al francés Cujas y al italiano Alciato, aunque antes que ellos y con más razón podría elogiarse á Covarrubias, como muy bien dice el abate Denina. Y con efecto, hasta entonces, aunque se hubieran aclarado algunos puntos particulares y reunido alguna erudición basada en los juriconsultos romanos, ya por estar envuelta en las sutilezas escolásticas, y ya por no abarcar con alta mirada el enlace que tienen unas esferas con otras, y todo el derecho con la fuente de eterna justicia, no había vuelto la ciencia á tomar el vuelo á la altura en que la dejaron los romanos.

Para despojar al renacimiento de sus resabios paganos, contener los estragos del protestantismo y satisfacer las necesidades intelectuales de la época, sin menoscabo del pensamiento fundamental de la civilización de la unidad, era menester un esfuerzo de ingenio; era necesaria una escuela que, colocada á la altura de las circunstancias, enriquecida con toda la erudición acumulada, bajo la base de una sólida filosofía, y sin perder de vista el norte de la fe, que es el único guía seguro é infalible, se lanzase intrépida, como Colón al mar tenebroso, al océano de las ideas y de los hechos. Trazando de este modo á la inteligencia un nuevo derrotero, por medio de un golpe de ingenio, es únicamente como en vez de zozobrar en los escollos de la división y retroceso al paganismo, podía llegar la nave de la civilización á las playas de la universalidad de la historia, sin romper el lazo de la unidad, como el descubrimiento la llevara á la universalidad del conocimiento del globo, sin romper el hilo de la ciencia ni de la historia.

Pues bien; esta misión gloriosísima estaba encomendada á San Esteban. Ciertamente que quien á la aparición del protestantismo conduce la nave de la civilización, es el mismo que en la época feudal, en la invasión de los bárbaros y desde el principio de la Iglesia lleva en sus dedos las riendas de los destinos humanos. La ciencia siempre se ha salvado por la fe, como la sociedad por la Iglesia, y la Iglesia y la fe por los desvelos y unidad del Pontificado. Pero de la Iglesia son miembros, más ó menos sanos, las naciones cristianas, y el Pontificado cuenta con más ó menos auxiliares y defensores. La fe, para ilustrar y dirigir la ciencia en toda su extensa ramificación, ha menester hombres de ciencia sólida, que, guiados por la misma fe, la desenvuelvan y expliquen en todos sus variados matices, en todas sus fecundas conse-

<sup>1</sup> Citado por de Prat. *Maldonat. et l'Université de Paris*, pág. 165.

<sup>2</sup> Cano de *Loc. Theol.*, lib. IX, cap. I, citado también por de Prat, pág. 183. Véase todo el cap. IV.

cuencias. Y he aquí la honra de España en general, y muy especialmente de Salamanca.

La escuela teológico-jurídica que nace en San Esteban, como de un foco activo difunde la luz de la restauración, primero en Salamanca, y desde aquí, por medio de un discipulado sublime y *activo*, á todas las naciones cristianas. Ella es el norte que señala el nuevo derrotero á la civilización, para que, sin caer en el Caribdis del renacimiento pagano, pueda evitar el Scila de la división protestante, salvando con la saludable reforma de la teología y del derecho la integridad de la fe contra los errores del protestantismo, y la tradición filosófico-jurídico-social contra los extravíos del renacimiento. La escuela católica de Salamanca viene de este modo á ser en este crítico período el principal antemural de la fe, escudo del Pontificado, inteligencia de la Iglesia, foco de la ciencia cristiana, salvaguardia de la sociedad, guía de la civilización y lazo de la historia; y debe todas estas excelencias precisamente á su acendrado catolicismo, á su inquebrantable adhesión al sucesor de Pedro, á su celo por el bien de la Iglesia, á su ardor por el progreso de la ciencia, á su vivo interés por extender la verdadera civilización.

Y ciertamente que entre las naciones y escuelas católicas ninguna reunía las aptitudes y preparación que Salamanca para desempeñar este glorioso destino; dos necesidades profundas se sentían en aquella sociedad: *ansia* de saber y *peligro* de extravío en la fe; y dos condiciones sublimes había de llenar la escuela que aspirase á satisfacerlas. Al ansia de saber, aplicada á todos los ramos de la ciencia, debía corresponder con el celoso, pero reposado y cuerdo cultivo de todos ellos. Al ansia de novedades en la doctrina y de embriaguez por la resurrección de la forma clásica, tenía que oponer una adhesión firme é incontrovertible á la fe cristiana, y una discreta y moderada aplicación de la belleza clásica á la sociedad, al gusto, á las condiciones de la civilización europea.

La escena donde se va á desplegar el reñido drama es ciertamente Alemania; pero por el otro extremo de la Europa se alza un rival, que es España, siendo Francia, Italia é Inglaterra tan sólo espectadoras, ó cómplices, auxiliares ó cooperadores. El terreno está preparado; sólo falta un hombre atrevido, ó un hombre de genio, que den la señal del combate; y esos dos hombres aparecen, y todos dan al uno el nombre de Lutero; pero la historia *hasta hoy* no ha reconocido al otro en el hábito modesto de un fraile de Santo Domingo. Y por eso nosotros lo proclamamos muy alto: el antítesis del apóstata fraile agustino, el iniciador de la reforma de los estudios que constituyen el gran pensamiento de la civilización cristiano-europea, es un hijo de la orden de la verdad, es un fraile de San Esteban, es un catedrático de prima de Salamanca y se llama Francisco Vitoria.

No vamos á trazar ahora el origen del protestantismo; está suficientemente aclarado por Cano y Belarmino, por Bossuet y Balmes, por Moehler y el eruditísimo Padre Peerrone, y nada podríamos añadir nosotros á una historia bien conocida de todos. Debemos, pues, limitarnos á describir los pasos de la reforma saludable de

los estudios teológico-jurídicos, que forman la antítesis del protestantismo, y que naciendo en San Esteban dan la vuelta á toda la Europa y aplastan en su marcha triunfal al *monstruo de cien cabezas*.

Y ciertamente que los grandes monumentos de la ciencia, como las grandes obras de la naturaleza, nunca surgen de repente: aun preparado con el sudor el campo y arrojado por la mano del sembrador el germen, hasta que no cae la lluvia benéfica del genio no principia á germinar la planta de una idea fecunda y saludable. Vitoria había sido precedido por dignos antecesores, y la reforma del siglo xvi ya fué apuntada en el xv. Así Anaya, después de concurrir á la elección de Martino V, fundó en Salamanca un colegio bajo la base de los adelantos europeos que viera en Constanza y con el fin de sostener la fe católica *in augmentum fidei*. Viene en seguida Juan Torquemada, que aunque no tomó el hábito de Guzmán en San Esteban, moró algún tiempo en el convento, ilustrándole con su doctrina y con sus virtudes, como consta de la información jurídica que sobre la reforma de dicha comunidad se hizo en Salamanca y que original conserva el historiador Mora. De él dice Eugenio IV en Breve de 1.º de Noviembre de 1466, al nombrarle teólogo pontificio del Concilio de Basilea, que la ciencia y probidad del dominico habían sido provechosas á él, á la Silla apostólica y á la Iglesia romana, *plurimum fructuosas per hæc tempora fuisse*. De él decía el cardenal Papiense, que era el primer teólogo de su tiempo. *Primas inter theologos sui temporis tenens*. Y según Graveson, de Pío II mereció el honroso título de *defensor de la fe*; añadiendo Chacón, que expuso en Florencia á los griegos la fe de la Iglesia romana con tal lucidez, que les movió á abrazarla, abjurando de sus errores. Y ciertamente que si se examinan en su suma de la Iglesia los tratados del Prímado, de los Concilios y de los herejes, y sus obras contra los errores del mahometismo y de los bohemios, sus exposiciones del Salterio y de las cartas de San Pablo, su decreto de Graciano coordinado y otros varios escritos, se verá ya en ellos dibujado el porvenir reservado á la casa de San Esteban.

Y al insigne dominico sigue otro ilustre salmantino, D. Juan de Carvajal. Hablando de los cardenales españoles de su tiempo Eneas Silvio, después Pío II, decía: Tres cardenales tiene hoy España: Juan de San Sixto (Torquemada), Antonio Ilerdense (Cerdá) y Juan de Sant Angel (Carvajal). Los dos primeros son estrellas de sabiduría teológica que ilustran el orbe romano; en la ciencia del derecho el *tercero* no encuentra quien le iguale: *tercium sciencia juris nulli secundum putat*. Fernando Ughelli le llama varón insigne en doctrina y santidad y hombre de consejo. Y en fin, fué tal el aprecio que hizo de él el célebre Besarion, que erigiéndole un magnífico sepulcro en la iglesia de San Marcos, le puso un epitafio que principia de este modo:

*Pontificum splendor jacet hic, sacrique Senatus  
Nanque animo Petrùs, Corde Cæsar erat.*

Del saber teológico canónico que adquiriera en Salamanca, empleado principalmente en servir de legado á Eugenio IV, Nicolás V, Calixto III y Pío II, ha dejado una muestra en su tratado de la potestad del Papa sobre el Concilio y en su obra contra los cismáticos de Basilea. Y al cardenal extremeño sigue el que con toda razón fué llamado la maravilla del mundo, el Tostado. Seríamos interminables si hubiéramos de bosquejar siquiera el análisis de sus estudios; sólo diremos, con Mariana, que habría que compararle con los antiguos padres si no fuera algo defectuoso en el estilo, añadiendo con Matamoros: «De la gran multitud de hombres doctos que conoció esta ciudad (el siglo xv), ninguno puede compararse con el Tostado, y esto está fuera de toda duda. Si le hubiera tocado vivir en otro siglo, no tuviera España que envidiar ni á Hipona su San Agustín, ni á Estridonia su San Jerónimo, ni en otras partes del orbe á ninguno de los grandes escritores eclesiásticos. Después de los cuatro doctores de la Iglesia, casi podría disputar el *quinto* lugar á los mismos San Isidoro y Santo Tomás.»

Si parece algo exagerado el elogio, hay que tener presente que el juicio procede del erudito historiador de las universidades y de los varones doctos de España. Y si á Matamoros se le tacha de apasionado, aduciremos un testigo de toda excepción. Al publicarse en el siglo pasado las obras del Tostado en Italia, anotadas por Raynerio, Bowski, este ilustrado é imparcial escritor decía en el prólogo: «Entre los antiguos escritos que salen ahora á luz en Italia, no hay ninguno que pueda compararse con el eximio, singular y *casi divino* Tostado, sin que en esto haya lugar á duda alguna: *omni sublata controversia*»<sup>1</sup>. Y por mencionar sólo á las celebridades científicas, concluiremos con Juan de Segovia, cursante, doctor y maestro en esta escuela, que escribió las concordancias de las palabras indeclinables de la Santa Escritura, completando el trabajo que doscientos años antes hiciera sobre las declinables Hugo de San Caro, y una refutación del Corán dedicada á Pío II, de la cual el mismo sapientísimo Eneas Silvio decía: «Juan de Segovia, español ilustre, que igualando á los sumos maestros de la teología, *qui cum summos theologiæ preceptores doctrina æquaret...* refutó el libro que llaman Alcorán con razones verdaderas y agudas y sólidos argumentos»<sup>2</sup>.

De esta ligera reseña dedúcese claramente que el majestuoso árbol de la saludable reforma, que ha de cobijar bajo su sombra el campo de la cristiandad, tenía hondas raíces en Salamanca. Los libros del siglo xv preludiaban á los del siglo xvi, como los teólogos de Constanza, Basilea y Florencia á los que habían de brillar en Trento. Los anteriores eran dignos de los posteriores al descubrimiento. Sin duda entre unos y otros media alguna razón profunda para que, sin ser los primeros inferiores en talento ni en saber, hayan producido más fecundos y exquisitos frutos los *segundos*; y con efecto, es así.

<sup>1</sup> Todos estos textos están tomados de Lampillas: *Ensayo histórico apologético de la literatura española*, t. III.

<sup>2</sup> Los pormenores de su vida pueden verse en la *Historia de Segovia*, por Diego de Colmenares, t. IV, págs. 9 y siguientes, así como la de Domingo Soto, págs. 54-54, y la del médico Laguna, salmantino también, págs. 35-53.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
AMERICANOS  
BIBLIOTECA

Entre los dos siglos que dividen los tiempos medios de los modernos, el germen del Renacimiento había dado ya sus naturales y encontrados productos. Si por un lado había renovado el gusto de la antigüedad clásica, ampliando el horizonte de la inteligencia europea, lo que era un bien y un progreso, había por otro extraviado la idea fundamental de la civilización cristiana, rompiéndola en la división protestante, ó manchándola con las torpezas gentílicas. De aquí surgía una doble nueva necesidad para la ciencia filosófico-teológico-jurídico-social cristiana. Quedábale la tan ardua como arriesgada empresa de seguir el movimiento literario científico de la época, sin incurrir, antes bien previniendo sus extravíos. Ahora bien, grato es decirlo, estos laureles estaban reservados á España, y principalmente á la escuela salmantina, y con especialidad á San Esteban. La Academia que en Nebrija llevaba la bandera de la reforma en el ramo de la cultura; en Navarro la de Cánones; en Pedro Ciruelo la de Matemáticas y Filosofía; en Zamora la de las lenguas orientales y de las políglotas; en Oliva la de la dignidad del lenguaje; en Laguna y Villalobos la reforma de la medicina y hasta de la música en Ramos; y en Diego de Muros la primera en impugnar á Lutero, bien merecía ser la iniciadora de la saludable reforma teológico-jurídica en el insigne Francisco Vitoria.

Y ciertamente que el restaurador de la teología, como le llama su discípulo Medina, si hemos de dar crédito al testimonio del mismo que recibió de sus labios los tesoros de sabiduría que se encerraban en esa inteligencia privilegiada; en verdad que Vitoria estaba enriquecido con todo el caudal de conocimientos que exigía la delicada empresa: *varia doctrinae supelectile ornatus*; uniendo al estudio de la dialéctica y filosofía, continúa diciendo el discípulo, el de la Sagrada Escritura y de los Padres con la más exquisita investigación de las antigüedades eclesiásticas, reunió tan vasto caudal de conocimientos, que pudo no sólo aumentar y enriquecer, sino hasta hacer más clara, fecunda é interesante la doctrina del Angélico: *ut D. Thomæ doctrinam illustriorem rederet*. Pero no consiste en esto su principal mérito, ni es este el aspecto bajo el cual nosotros ahora le consideramos. Es el conocimiento profundo de los defectos en el método con que se enseñaba la ciencia sagrada; es el nuevo rumbo que dió á los estudios y la forma nueva que introdujo en el de la Teología la prenda relevante del profesor de San Esteban. En los años que había pasado en el convento de Santiago de París, bajo la dirección del sabio Pedro Crockart, que de entusiasta nominalista se había convertido en celoso discípulo de Santo Tomás, vistiendo el hábito de Guzmán, el futuro restaurador había descubierto los vicios é inutilidad del escolasticismo de la escuela sorbónica, que él mismo ha de contribuir á remediar por medio de sus discípulos. La rara y peregrina condición y gusto literario con que encantaba no sólo á los numerosos discípulos, que acudían ansiosos de oírle á su cátedra de Prima, sino hasta los mismos doctores, y entre ellos el famoso restaurador y catedrático de Derecho canónico, Navarro, como él mismo nos lo asegura, le constituían, al decir de Matamoros, en un «varón eminente, divino, incomparable, esplendor de la orden dominicana, honra y ornamento de la teología, y de-

chado de integridad religiosa». Con razón le llama el mencionado Matamoros el Sócrates de la teología, el Sócrates cristiano.

Sí; porque si bien en sus doce reelecciones y otros opúsculos que se conservan impresos, el fraile de San Esteban dejó una muestra de la originalidad de su ingenio, de la elevación de su mirada, de la claridad de su exposición, de la solidez de sus argumentos, del método, en fin, verdaderamente socrático con que, descartando toda sutileza escolástica fundaba sus asertos en reconocidas autoridades ó en claros; pero concluyentes raciocinios, que al dar luz á la cuestión dejan el ánimo profundamente convencido: la sabiduría de Vitoria fué principalmente oral, y su mérito consistió, no en haber escrito, sino en haber fundado escuela, la escuela teológica salmantina, que desde entonces es la única sólida y general en la cristiandad. Si en vez de dictar las lecciones al estilo de la escuela parisiense, que él introdujo en Salamanca, se hubiera entregado á escribir, sin duda que hubiera llenado el mundo con la fama de su nombre: *Orbem universum fama sui nominis ocuparet*, como solía decir Nicolás Clenard, si hemos de creer á Juan Vaseo en su Crónica de los españoles ilustres. No lamentemos, sin embargo, este vacío en la colosal empresa de Vitoria.

No era él, sino sus discípulos los que habían de consumir la obra. Cada uno de los genios tiene su destino en la ciencia, como cada hombre desempeña distinto papel en el drama de la vida. Aunque en la reelección primera de la potestad de la Iglesia, en la segunda de la potestad civil, y en la tercera del Romano Pontífice y de los Concilios podrían encontrarse hoy mismo ideas luminosas para ilustrar y corregir las ciencias sociales; aunque la cuarta sobre los indios y sobre el derecho de la guerra sirviera á Grocio de estímulo y de tipo para escribir su tan ponderada obra del mismo título *De jure belli et pacis*; aunque las siguientes relativas á diversos tratados teológicos y morales den una muestra del ingenio, saber y gusto literario de Vitoria, no eran esas, sin embargo, ni su misión, ni su mérito, ni su gloria. Al decir de su coprofeesor y admirador Navarro, las explicaciones en que se distinguió en los veinte años de enseñanza en Salamanca, versaban principalmente sobre materias de que no ha quedado vestigio alguno, sobre materias de sacramentos y moral. La especial prerrogativa del dominico, en lo que no tiene rival ni competidor, es en haber dado un nuevo impulso, en haber creado, digámoslo así, la ciencia teológico-jurídica moderna, dando el tipo y la norma á los estudios, tal como se vienen cultivando en los tres últimos siglos. El solo arrojó la semilla, encomendando á otros el cuidado de desenvolverla; no ha dejado escritos, sino apuntes; pero su sabiduría está viva en los de sus educados, y si por el ejemplo del original Cano hemos de juzgar de la numerosa proge que dejó en Salamanca, al oír al célebre creador de los lugares teológicos que todo su *saber*, prudencia y elegancia de estilo se lo debe á su maestro, *verum earum omnium ducem sequimur*, con mayoría de razón se debe afirmar de los demás, y concluir con el mismo Cano, que por singular favor de la providencia tocó á España la honra de producir á este único y verdadero maestro de la teología en los tiempos

modernos: *Unum Theologiae praeceptorem Hispania Dei singulari munere accepit*<sup>1</sup>. En fin, Vitoria es el verdadero Sócrates de la teología, el Sócrates cristiano, y para que la semejanza sea completa, como el de Atenas, también tiene dos predilectos discípulos que recogen su enseñanza: Cano, que es su Aristóteles, y su Platón, que es Domingo Soto.<sup>2</sup>

ALEJANDRO DE LA TORRE

<sup>1</sup> *De Soc. Theol.*, libro XII, cap. I. Véase á *Echard art. Franc vit.*, de donde hemos tomado los textos citados.

<sup>2</sup> En el artículo anterior, publicado en el núm. 24 de EL CENTENARIO, se deslizaron las siguientes erratas: En la página 181, lin. 9, dice: «honra de la palabra»; léase «honra de la patria».—En la pág. 188, lin. 40, dice: «Don Juan II de Portugal»; léase «Don Juan III de Portugal».—En la página 189, lin. 17, dice: «El P. Ibáñez»; léase «El P. Bañez».



VISTA DE SALAMANCA